

*Los dos del terso lago en el espejo
la mirada fijamos a la par.
Sopló la brisa y confundió, ¿te acuerdas...?
nuestros cuerpos, del agua en el cristal.*

Pero hemos hablado de los puntos de convergencia: hagámoslo de las divergencias. Mientras Antonio permanece en Madrid, Manuel vivió la mayor parte de los años 1895, 1896 y 1897 en Triana con la familia de su madre, pues había sido enviado a Sevilla para terminar el Bachillerato y cursar la carrera de Filosofía y Letras. Mas esta Sevilla es muy diferente a la que habían conocido los dos hermanos en su infancia. Ahora, en la época de la Restauración, se ha roto definitivamente el frente común entre obreros y burgueses. La burguesía más vanguardista ha sido eclipsada por una neoaristocracia (alta burguesía con hábitos nobiliarios). En cuanto a la propiedad de la tierra, durante la etapa de Cánovas sigue en ascenso la concentración capitalista, surgida de la concentración de Madoz. Al contrario que en otras zonas del país, esta burguesía imita hasta el servilismo los modos de vida de la aristocracia terrateniente. Según Bernal y Drain, «todos los lugares comunes sobre la Andalucía actual, tan fútiles y superficiales —corridas de toros, Feria de Sevilla, procesiones andaluzas, tientas, etc.—, se³ cuajan durante el último tercio del siglo XIX». Según afirma Brotherson, es en este período cuando Manuel Machado empieza a considerar como admirables y «típicamente» sevillanos los elegantes desfiles de caballos de la Feria, las procesiones de Semana Santa, las corridas de toros (que Giner aborrecía) y los cantaores gitanos. Los intelectuales progresistas habían sido desplazados de la Universidad (quedaban, en patético aislamiento, Federico de Castro y Manuel Sales y Ferré, a los que Manuel no menciona a pesar de su intimidad con la familia Machado). La Iglesia había recuperado su papel preponderante. En cuanto a la situación de las clases populares, era ésta mísera y sombría. Pues bien, raro es el poema del primer libro de Manuel Machado que no está dedicado, y vamos a citar ahora algunos de los dedicatarios: Marqués de Castrillo, Marqués de Jerez de los Caballeros, Marquesa de Mondéjar, Marqués de Villamanrique, Marqués de Viana, Marqués de Novaliches, Marqués de Cubas... Los nombres hablan por sí solos.

Ya en Madrid, Manuel vuelve repetidas veces a Sevilla para visitar a su sobrina Eulalia Cáceres, a la que se había prometido en 1897. Esta «Sevilla... torera, graciosa y animada» (y son palabras del mismo poeta) le inspira numerosos poemas y prosas a lo largo de casi toda su vida. Y es curioso observar cómo la forma que adopta para hablar de ella está en consonancia con el fondo. Así, algunas composiciones de *Sevilla y otros poemas*, con sus inefables descripciones de la mujer andaluza (Carmen, Rosario y Ana) no pueden ser más reaccionarias y tópicas. Se me dirá que tienen mucho de cierto: de acuerdo. Pero es el poeta quien ha elegido la descripción y mitificación de unos tipos que, no por ser existentes, son menos reaccionarios. El resultado es poesía y prosa decimonónica, premodernismo regionalista y fácil folklore que silencia o, peor aún, mutila la realidad. En sus *Estampas sevillanas* puede encontrarse el elogio del señorito «gracioso» («Pesadas o no darlas...») y la alabanza de su «clase». En «Pequeña historia de un cante grande» Manuel nos presenta a Sevilla como un lugar mágico

donde todo es posible: no existe la lucha de clases porque todo lo alegran y hermanan el cante, la gracia, el sol y el vino. Es curioso y contradictorio que el autor de estas estampas costumbristas, llenas de hipérboles, donde se continúa el lenguaje y la temática del siglo XIX, sea el autor de *El mal poema*. Es decir: quien inaugura el lenguaje de la poesía moderna (prosaismo deliberado, paisaje urbano, lenguaje no por elegante menos desenfadado, coloquial e irónico) en España. Porque Manuel Machado es también —y no debemos olvidarlo nunca— junto con Juan Ramón y Darío, el fundador de la lengua lírica que usamos hoy en castellano.

Pero, ¿y Antonio? De todos son conocidos sus versos «*Mi corazón está donde ha nacido | no a la vida, al amor, cerca del Duero*». Mas si Antonio Machado —que amaba verdaderamente la tierra castellana—, aún conmovido por la muerte de Leonor escribió estas sugerentes líneas, no conviene olvidar tampoco que se refirió a sus versos como a los de *un coplero andaluz que vaga hoy por tierras de Soria*. Muchos críticos, la mayoría, han querido ver en Antonio un poeta castellano. A todos ellos se adelantó con sutil penetración Rafael Cansinos Asséns, maestro de Borges y sevillano él mismo, quien en una crítica de *Nuevas canciones*, afirmó en 1924 desde las páginas de «El Imparcial»: «El poeta, que es sevillano, prefiere Castilla, *la tierra en que nació al amor*, y que mejor se aviene con su espíritu cansado y triste y el frío y noble decoro de su inspiración». Y añade inmediatamente después: «Frialdad muy sevillana, si se recuerda a Herrera.» De otro lado, ocurre también con frecuencia que los escritos de Antonio Machado sobre Sevilla hacen, a la vez, referencia a la infancia: un mítico reino perdido que está fuera del espacio y del tiempo. «Pero la Sevilla de mis recuerdos —nos dice Antonio Machado en *Los Complementarios*— estaba fuera del mapa y del calendario.»

Mas no todo queda fuera del mapa y el calendario. En octubre de 1912 Antonio inicia su curso como catedrático de Francés en el Instituto de Baeza. La estancia en la pequeña ciudad supone el reencuentro con la Andalucía de su infancia, que ahora no será contemplada con los ojos mitificadores del niño, sino bajo la mirada crítica del hombre. Antonio se encuentra con una Andalucía real —y ciertamente aquejada de numerosos problemas— y no vacila en reflejarla en sus poemas (Don Guido, prototipo del eterno señorito; la situación de la mujer andaluza: «*Oh enjauladitas hembras hispanas*», etc.). En esta época se agudiza considerablemente su conciencia crítica. «La melancólica desesperanza individual —dice José María Valverde— queda redimida por un hálito de esperanza sobre la marcha del mundo y la historia, vagamente inspirado por el espíritu que había puesto en marcha la revolución rusa.» Antonio Machado ha adquirido la esperanza en un futuro mejor, y la conciencia de que Andalucía puede llegar a ser algo más que un mito. En consecuencia, deja de considerar a Sevilla fuera «del mapa y del calendario». ¿Y qué mejor ejemplo de esto que uno de sus sonetos, escrito en Rocafort muy poco antes de su muerte?:

*Otra vez el ayer. Tras la persiana
música y sol; en el jardín cercano
la fruta de oro; al levantar la mano,
el puro azul dormido en la fontana.*

*Mi Sevilla infantil, ¡tan sevillana!
¡Cuál muerde el tiempo tu memoria en vano!
¡Tan nuestra! Aviva tu recuerdo, hermano.
No sabemos de quién va a ser mañana.*

*Alguien vendió la piedra de los lares
al pesado teutón, al hambre mora,
y al ítalo las puertas de los mares.*

*¡Odio y miedo a la estirpe redentora
que muele el fruto de los olivares,
y ayuna y labra, y siembra y canta y llora!*

Deseo terminar este trabajo evocando una imagen: un anciano de andar lento, trabajoso y pesado que no quiso o no supo sobrevivir a la pérdida de España. Va hundiendo sus pies fatigosamente en la arena, apoyándose en el brazo de su hermano, hasta llegar a una de las barcas que descansan a la orilla de la playa. Allí se sienta y permanece absorto, mirando al mar, mientras la brisa le despeina. Qué inmenso fracaso para un hombre viejo ver hundirse aquello y a aquellos por los que se ha luchado hasta el fin. Qué inmensa sensación de fracaso, soledad y desesperanza. «Quién pudiera vivir ahí, tras una de esas ventanas, libre ya de toda preocupación», dijo señalando a una de las casitas de pescadores. ¿Premonición de poeta? Pocos días le faltaban ya, en efecto, para su tránsito al otro lado del espejo.

Era febrero. En su gabán, su hermano José encontró, escrito a lápiz en un pequeño y arrugado papel, el último verso del poeta:

«Estos días azules y este sol de la infancia.»

FERNANDO ORTIZ
Avda. Eduardo Dato, 38
SEVILLA

José Lezama Lima, o el epos de la imaginación

Introito

En la gran tríada de dioses de la religión babilónica encontramos que Anu, dios cuyo nombre significa «cielo», ocupa el vértice preponderante. Dios de los reyes y de los príncipes, es considerado, a pesar de su importancia, enemigo de la Humanidad: dios que sólo protege a los poderosos. Más abajo de Anu, y ocupando un lugar de